

teligencia y valor, podría conquistarla en un mes; entonces, habiéndose repuesto mis tropas, podría ir yo en su ayuda». Con satisfacción recibió el diez y ocho de Octubre carta del Czar, autorizándole á que, desde el instante en que concibiese la menor sospecha de arreglo separado entre Austria y Francia, continuase solo la guerra ó regresase con el ejército á Rusia, abandonando la pérfida Austria al juicio de Dios.

En efecto, desde primeros de Septiembre, la corte de San Petersburgo había marchado á la par con Suwarow en la creciente desconfianza del Austria. De todos lados le llegaban á Pablo motivos de disgusto con su aliada. El Rey de Cerdeña se le quejaba de que, habiendo desembarcado en Livurna, no había podido continuar su camino por habersele prohibido, en nombre del Austria, la entrada en terreno Piamontés. Saint-André le participaba, en comunicación conmovedora, haberle declarado el general Zach, sin ambages, que el Austria no permitiría el acceso al Piamonte á un rey aliado de Francia y que dispondría de aquel país por derecho de conquista. Llególe, por último, la respuesta de Thugut á la proposición que le había dirigido de celebrar un congreso en San Petersburgo, redactada en tono categórico, perentorio y ofensivo. Como las quejas del Rey de Cerdeña se repitieran, Pablo dió el diez y ocho de Octubre á su embajador en Viena el encargo de averiguar qué territorio de Italia quería anexionarse al Austria y cuáles eran sus intenciones en cuanto al rey de Cerdeña. Acababa de salir el despacho para Viena cuando se recibió, el veintiuno de Octubre, la comunicación de Korsakow acerca de la derrota de Zurich, de la que no hubo en la corte quien no hiciese responsable al Austria. La medida estaba colmada. El veintidós escribió Pablo al emperador Francisco acerba carta, expresándole que la partida precipitada del Archiduque y la mala fe del ministerio vienano habían causado la ruina de las tropas rusas, y que, á partir de este instante, se separaba de los intereses del Austria y renunciaba á toda comunidad con Francisco, para no facilitar el triunfo de la mala causa. Copia de esta carta se envió á Suwarow, con la orden de tomar las medidas necesarias para el regreso, si la ejecución de los antiguos proyectos (el restablecimiento de la monarquía de los Borbones) le parecía imposible. «Antes debías salvar la monarquía, decíale Pablo; salva ahora á los soldados rusos y el honor de tu Emperador». Así acabó la segunda coalición.



CAPITULO VIGÉSIMO SEXTO

Bonaparte en Egipto.



EMAMOS á Bonaparte camino de Malta. Se componía su armada de quince navíos de línea, catorce menores, otras tantas fragatas y setenta y dos corbetas, bergantines, avisos y demás embarcaciones pequeñas. Entre Tolón, Génova, Ajaccio y Civita Vecchia, se habían reunido cuatrocientos transportes. La tripulación subía á diez mil marineros, y el ejército expedicionario pasaba de treinta mil hombres, de las distintas armas, escogidos de los ejércitos de Italia. Ejercían el mando de estas fuerzas los tenientes generales Desaix, Kleber, Menau, Regnier, Bow, Duguet, contándose entre los mariscales de campo á Marmont, Murat, Junot, Lannes y Davoust. Todos tenían ya un nombre esclarecido por sus talentos ó su valor. Con especialidad Kleber y Desaix eran dos generales eminentes, dotados ambos de las más relevantes cualidades, si bien diferían notabilísimamente en su carácter y en su manera de ser. Los dos debían cubrirse de gloria en aquella tierra de Egipto, adonde les llevaba, sin ellos saberlo aún, el hombre extraordinario cuya fortuna quisieron seguir; y ¡coincidencia extraña!, el destino que así uniera sus nombres, había de depararles la muerte el mismo día, aunque muy lejos uno de otro, al primero allá, en Egipto, bajo los golpes del puñal de un fanático; al segundo, en Italia, en el campo de Marengo, peleando heroicamente, sacrificando su existencia á la victoria, como un romano de la antigüedad. Obedecían los artilleros á Donmartin y los ingenieros á Caffarelli du Falda, de clara inteligencia y muy instruído al par que militar valeroso, resistente á las

fatigas y penalidades, á quien se había amputado una pierna por consecuencia de una herida recibida en otra campaña. Bonaparte, con sus ayudantes de campo, entre los que figuraban su hermano Luis y su hijastro Eugenio Beauharnáis, se había embarcado en el *Oriente*, de ciento veinte cañones y en el que Brueys había enarbolado la bandera admirante.

De tiempo atrás mantenía Bonaparte algunas inteligencias en Malta, de la que intentaba apoderarse á causa de su excelente posición, que dominaba la navegación del Mediterráneo y estaba en el camino de Egipto; con ello, por otra parte, no pensaba hacer más que ganar por la mano á los ingleses. Esta isla, con las inmediatas de Gozzo y Comino, había sido cedida por Carlos V á los caballeros de la Orden de San Juan de Jerusalén, cuando los turcos los expulsaron de Rhodas, con la condición de que defendiesen las costas de España y de Italia contra los ataques y depredaciones de los berberiscos. Poseía la Orden recursos cuantiosos y le habría sido fácil tener á raya á aquellos osados piratas, montando y equipando las naves necesarias para recorrer y vigilar constantemente las aguas próximas á Argel, Túnez y Trípoli; pero los caballeros miraban como suyas las riquezas que debían á la munificencia de la cristiandad, y en vez de aplicarlas al fin de su instituto, las gastaban en su propio provecho y placer. El lujo de los priores, comendadores y bailíos era verdadera piedra de escándalo para las gentes. Obligados á hacer sus caravanas, visitaban todos los años, cuidando de esquivar el encuentro con los berberiscos, algunos puertos de Italia, España y Francia, donde se entretenían agradablemente entre fiestas y mutuos agasajos. De las siete leguas que componían la Orden, tres eran francesas. La República la había suprimido en su territorio, por estar fundada en las desigualdades del nacimiento; asimiló sus bienes á los de las restantes Ordenes religiosas y señaló una pensión á los caballeros. El gran maestro Rohan, en represalias, se había negado á recibir á un encargado de negocios de Francia. Las naves francesas sólo eran recibidas en los puertos de la Orden, cubriendo el pabellón tricolor. Estaban, pues, rotas las relaciones entre la República y la Orden, la que, en cambio, favorecía á los ingleses y les prestaba auxilios y servicios. Otro motivo de enojo tenía Bonaparte contra los caballeros, y era que éstos, temerosos de la preponderancia que iban adquiriendo en el Mediterráneo las escuadras francesas, se habían puesto bajo la protección del emperador Pablo, enemigo de la República.

El ocho de Junio, se presentó á la vista de Gozzo el convoy de Civita-Vecchia, y el gran maestro Hompescho, que había sucedido recientemente á Rohan, comprendiendo los peligros de la situación, reunió al Gran Consejo para deliberar acerca de la conducta que debía adoptarse en tan críticas circunstancias. Hubo diversidad de pareceres y se discutió con calor, prevaleciendo finalmente la opinión de resistir; y acto seguido se comenzó á tomar medidas para la defensa, no sin protesta del comendador Boisredon de Ransuyet,

de la lengua de Auvernia, y de otros caballeros franceses, que fueron detenidos y encerrados en los calabozos. Contaba Malta para hacer frente al enemigo con medios materiales poderosísimos, tanto que Lavalette, capital de la isla, se consideraba como plaza inexpugnable. Faltaban, en cambio, los resortes morales. Había, en efecto, en Malta de ochocientos á novecientos caballeros, divididos entre sí como las costumbres y los intereses de la naciones á que pertenecían; de mil quinientos á mil ochocientos malos soldados, italianos, españoles, franceses ó alemanes, casi todos desertores ó aventureros, á quienes no desagradaba la posibilidad de ligar sus destinos al del primer capitán de Europa; y de otros ochocientos á novecientos hombres de la milicia del país, que se sentían lastimados en su orgullo por el aire de arrogancia y superioridad que afectaban los nobles caballeros, y se quejaban de ser extranjeros en su propia patria al verse alejados de todos los cargos honoríficos y lucrativos. Estas circunstancias, harto conocidas de Bonaparte y fomentadas secretamente por él, le habían movido hacia tiempo á pensar en la conquista de la isla.

El día nueve, la flota se acercó con sus quinientas velas á la boca del puerto de Lavalette, pidiendo permiso para entrar á hacer aguada, á lo cual se negó en redondo el gran maestro, alegando que los estatutos y reglamentos prohibían que se dejase entrar de una vez á más de dos navíos que perteneciesen á las potencias beligerantes. Replicó el general que se observaba con los ingleses muy distinta conducta; que estimaba la repulsa recibida como una declaración de guerra, y que estaba resuelto á tomar á viva fuerza lo que de buen grado hubiese debido concedérsele, con arreglo á los principios de hospitalidad, que eran la base de la Orden; y haciendo seguir la ejecución á la amenaza, dispuso que la nave almirante diese la señal de romper las hostilidades. El general Reynier se puso en movimiento con el convoy de Marsella, para desembarcar al amanecer del día siguiente en la isla de Gozzo; el general Desaix, con el convoy de Civita-Vecchia, recaló en Marsa Siroco, y el convoy de Génova, en San Pablo. El diez, al rayar el alba, mandó Bonaparte que desembarcaran tres mil hombres entre la capital y la pequeña ensenada de San Pablo. Hubo un simulacro de defensa, que no fué siquiera bastante á salvar el honor del pabellón de la Orden, y tras una corta y vergonzosa negociación, el once se rindieron los caballeros, firmándose la capitulación el doce á bordo del *Oriente*, á las dos de la madrugada. Cedia la Orden á Francia la soberanía de Malta y de las islas dependientes de ella, á cambio de prometer la República gestionar en el congreso de Rastadt que se otorgase al gran maestro un principado en Alemania, asegurándole, en su defecto, una pensión de trescientos mil francos y una indemnización de seiscientos mil al contado. A cada uno de los caballeros de la lengua francesa se le señalaron setecientos francos de pensión, y mil á los que tuviesen más de sesenta años. Francia ofrecía también su mediación para que los caballeros pertenecientes á las demás lenguas consiguiesen el goce de los bienes que la Orden poseía en sus respectivos países. Así cayó en poder de Bonaparte, en veinticu-

tro horas, el mejor puerto del Mediterráneo, la imponente fortaleza que había rechazado victoriosamente durante dos años los asaltos y furiosas embestidas de todas las fuerzas del Oriente, reunidas bajo el mando del formidable Dragut. Cuando al otro día de la rendición, Caffarelli reconoció las fortificaciones, admirando los fosos, escarpas y contraescarpas, dijo donosamente: «No ha sido poca fortuna que hubiera dentro alguien que nos abriese las puertas.» Dictó Bonaparte los reglamentos necesarios para establecer el régimen municipal en la isla, nombró comisario civil á Regnault de Saint-Jean de'Angeli y, dejando en Malta una guarnición al mando de Vaubois, continuó su camino hacia las costas de Egipto el diez y nueve de Junio, un mes justo después de la salida de Tolón.

El primero de Julio estaba á la vista de Alejandría. En la orden de aquel día había dicho á los soldados: «Vais á emprender una conquista cuyos efectos son incalculables para la civilización y el comercio del mundo. Daréis á Inglaterra el golpe más seguro y sensible, en tanto llega el día en que podáis darle el golpe mortal. Los pueblos con quienes vamos á vivir son mahometanos, y su primer artículo de fe es: *No hay más Dios que Dios, y Mahoma es su profeta*. No les contradigáis, mas antes conducíos con ellos como os habéis conducido con los judíos y los italianos. Guardad consideraciones á sus muftis y á sus imanes, como se las guardabais á los rabinos y á los obispos. Tened la misma tolerancia con las ceremonias que prescribe el Korán y con las mezquitas, que la que habéis tenido con los conventos, las sinagogas, la religión de Moisés y la de Jesucristo. Las legiones romanas protegían todas las religiones. Encontraréis aquí usos diferentes de los de Europa, y es preciso que os acostumbréis á ellos. Los pueblos donde vamos á entrar tratan á las mujeres de distinto modo que nosotros; pero debéis acordaros que en todas partes el que viola es un infame cobarde. La primera ciudad que encontraremos fué edificada por Alejandro, y á cada paso se nos presentarán recuerdos dignos de excitar la emulación de los franceses. «—Mas no era ya Alejandría la corte espléndida y opulenta de los Ptolomeos, la heredera de la cultura de Atenas, la fundadora de escuelas célebres en literatura, ciencias y filosofía, la residencia preferida por los gobernadores romanos de Egipto, la importante plaza mercantil que, en algunos períodos de la dominación árabe, gozó aún de días de prosperidad y florecimiento: la ciudad antigua yacía casi toda en ruinas, y los turcos, los egipcios ricos y los comerciantes europeos habitaban en la ciudad nueva, que era la única parte que se conservaba. Sólo un puñado de árabes vivía entre los escombros de la antigua ciudad, y una muralla vieja, flanqueada de algunas torres, rodeaba entrambas ciudades.

Bonaparte no bien estuvo en aguas de Alejandría, envió á buscar al cónsul francés, por quien supo que los ingleses se habían presentado allí la antevíspera, diciendo iban en busca de una escuadra francesa que debía andar por aquellos mares. En efecto, noticioso el ministerio inglés de que Bonaparte había salido de París el cuatro de Mayo para Tolón,

hizo que se reforzasen la escuadra de lord San Vicente, que estaba frente á Cádiz, y la de Nelson, que cruzaba el Mediterráneo. Nelson se presentó delante de Tolón el doce de Junio, con trece navíos y dos fragatas, y enterado de que la flota francesa había levado anclas hacía mucho tiempo, echó á correr á la bahía de Tagliamón, en las costas de Toscana, y desde aquí, á Nápoles. Había recibido la orden de atacar á los franceses en el canal de Constantinopla, en el mar Negro, en el Brasil, donde quiera que los encontrase, sin respetar la neutralidad de ninguna potencia. En las instrucciones que se le comunicaron, no se mencionaba á Egipto. Le dijeron en Nápoles que el enemigo sitiaba á Malta, y dirigióse al estrecho de Messina, que atravesó; poniendo el rumbo á las costas egipcias al saber que aquella isla se había rendido. Llegó á Alejandría el día veintiocho, en el momento mismo que las naves francesas estaban recorriendo el cabo de Ares. Nada pudo allí averiguar, y marchó á Alejandría, para correrse después á los Dardanelos.

Calculando que los ingleses no andarían muy lejos, quiso Bonaparte intentar el desembarco inmediatamente. No era posible entrar en el puerto, porque la plaza, ya sobre aviso desde la llegada de Nelson, parecía resuelta á defenderse; fué, pues, preciso ir á la playa vecina, á una ensenada llamada del Marabut. Era de noche, soplabá fuerte viento, y la operación de desembarcar ofrecía serios peligros; pero Bonaparte no consintió aplazarla. Echáronse las chalupas al mar y, aunque con gran trabajo, pudieron saltar en tierra tres ó cuatro mil hombres. Menou, que debía salir el último de Egipto, fué el primero en ganar la orilla; Bonaparte y Kleber pisaron la costa á la vez. En aquel instante se apareció una vela en el horizonte. Creyendo fuese inglesa, gritó Bonaparte: «¡Fortuna, me abandonas! ¡Qué, ni siquiera cinco días!» Pronto, sin embargo, vió que era una fragata francesa que venía á reunirse con él.

Con la resolución que siempre obraba, determinó Bonaparte atacar sin demora á Alejandría. En su virtud, formó con las tropas desembarcadas, á excepción de unos centenares de hombres que dejó para proteger la playa, tres pequeñas columnas, que puso en camino á las tres de la madrugada. Como no disponía de un solo caballo, pues los pocos que se condujeran continuaban en las naves, todos iban á pie, incluso el Estado Mayor, el General en jefe y el mismo Caffarelli, á pesar de su pierna de palo. Se avanzaba con lentitud, á causa de caminar por medio de los arenales y de la necesidad de prevenirse contra cualquier sorpresa; pues, desde el amanecer, se veían en los flancos del ejército grupos ó partidas de Beduinos, que con sus rápidos corceles se interponían entre las columnas, las espían, prontos á aprovechar el menor descuido, y caían sobre los rezagados. A las seis de la mañana, se descubrió la llamada columna de Pompeyo; después, la muralla dentada del recinto de los árabes; sucesivamente, los minaretes de las mezquitas y los mástiles de la carabela turca, que estaba anclada en el puerto. Dos horas más tarde, se subía Bonaparte al pedestal de la columna de Pompeyo para reconocer la plaza, que

estaba á la distancia de un tiro de cañón. La aparición de una flota tan numerosa había puesto en movimiento á los habitantes de Alejandría. Ignoraban cuáles eran las verdaderas intenciones de los franceses, pero aun suponiéndolas hostiles, como sospechaban, creían poder contar con unos días, pensando que, por de pronto, irían las naves á tomar fondo en la rada de Abukir. Activaron, con todo, los preparativos de defensa. A media noche, supieron que los expedicionarios estaban desembarcando en la playa de Morabut, y desde entonces aumentó su alarma, de tal modo que, al distinguir los invasores la muralla, la vieron coronada de multitud de personas, de todas clases, sexos y edades, que parecían presa de la mayor agitación.

Dadas las órdenes convenientes, cada una de las tres divisiones atacó por un punto distinto. Las murallas eran altas y gruesas y se carecía de cañones para batirlas; pero presentaban muchas brechas, reparadas á escape y mal. Los franceses las escalaron, siendo heridos en el asalto Kleber y Menou, que mandaban dos de las columnas. Dentro ya del recinto los soldados de Bonaparte, estalló en las calles un vivo tiroteo. El combate amenazaba prolongarse, cuando, por mediación de un capitán turco, se arregló un convenio. Bonaparte entró en la ciudad en medio de los jeques, ulemas y notables del país, dirigiéndose á la casa del cónsul de Francia. Una bala disparada desde una ventana pasó rozándole una bota de la pierna derecha. Los cazadores de su guardia penetraron en la casa por el tejado, no encontrando en ella más que un turco, que se había parapetado en su habitación y tenía seis fusiles al alcance de la mano. Le dieron muerte en el acto. Las bajas de los franceses ascendieron á trescientas; las de los turcos, á setecientas ú ochocientas. Faltaba aún reducir á Koraim, comandante de la plaza, que se había refugiado en el Faro con los más valientes de los suyos. Toda la noche se pasó en negociaciones; al fin, capituló. Mientras estos sucesos se desarrollaban, concluyeron de desembarcar las tropas y se condujo á tierra los caballos, bagajes y parte del material y de la artillería. Bonaparte ordenó que se enterrase á los soldados muertos en el asalto al pie del monumento de Pompeyo, y que sus nombres se inscribiesen en el fuste de la columna.

Dueños los franceses de Alejandría, Berthier mandó fijar en los sitios públicos y repartir con profusión una proclama escrita en francés, en árabe y en turco, que decía: «Desde hace largo tiempo, los beyes que gobiernan á Egipto insultan á la nación francesa..... Ha llegado la hora de su castigo..... Dios, de quien todo depende, ha dispuesto que cese su imperio. ¡Pueblo de Egipto! se os dirá que vengo á destruir vuestra religión, no lo creáis. Decid que vengo á restituiros vuestros derechos, á castigar á los usurpadores y que respeto más que los mamelucos á Dios, su profeta y el Korán. Decid que todos los hombres son iguales ante Dios; la sabiduría, los talentos y las virtudes establecen las únicas diferencias entre ellos..... ¿Hay una tierra fértil? Pertenece á los mamelucos. ¿Hay una bella esclava, un buen caballo, una hermosa casa? Pertenece á los mamelucos. Si

Egipto es un lote, que presenten la escritura en que Dios lo ha otorgado..... Cadíes, jeques, imanes, ulemas, decid al pueblo que también nosotros somos verdaderos musulmanes. ¿No hemos vencido al Papa que decía que era preciso hacer la guerra á los mahometanos? ¿No hemos destruído á los caballeros de Malta? ¿No hemos sido siempre los amigos del Gran Señor y los enemigos de sus enemigos? Tres veces felices aquellos que estén á nuestro lado, porque prosperarán en su fortuna y en su gloria; pero desgracia, tres veces desgracia, á los que se armen en favor de los mamelucos y contra nosotros, porque no habrá esperanza para ellos, perecerán». La imaginación verdaderamente oriental de Bonaparte se complacía en usar el tono pomposo, solemne, el estilo figurado, la amenaza, la promesa, la interrogación, la repetición, el apóstrofe, los mil recursos y artificios del pensamiento y el lenguaje para herir vivamente la fantasía é imponerse al ánimo por el respeto, el temor y el interés. Su alma, exenta de escrúpulos, le permitía medir con el mismo rasero las ideas, costumbres, creencias y sentimientos más opuestos. Su genio y su ambición hacían que se considerase como un sér superior á los demás hombres, de cuyas preocupaciones y debilidades no participaba. No dando más valor intrínseco á unas religiones que á otras, estaba dispuesto á quemar incienso en las aras de todas las divinidades.

Deseoso de no malquistarse con la Puerta á ser posible, escribió al bajá del Cairo: «La República francesa se ha decidido á enviar un poderoso ejército para poner término á las tropelías de los beyes, como ha tenido precisión de hacerlo muchas veces este siglo contra los beyes de Túnez y de Argel. Tú que debías ser dueño de los beyes y que, sin embargo, te hallas en el Cairo sin autoridad ni poder alguno, no puedes menos de mirar con gusto mi venida. Ya estás enterado, sin duda, de que no vengo á emprender nada ni contra el Korán ni contra el Gran Señor..... Ven, pues, á buscarme, y maldice conmigo á la impía raza de los beyes».

Las amenazas de Bonaparte iban todas dirigidas contra los mamelucos, que eran, en verdad, los amos de Egipto. Los habitantes de este país pertenecían á diferentes razas, superpuestas unas á otras, como las capas de un terreno. Había coftos, árabes y turcos. Los coftos, descendientes de los antiguos moradores, yacían en la esclavitud y el embrutecimiento, desempeñando los oficios más viles. Los árabes formaban la gran masa de la población, y unos eran grandes propietarios, con algunos restos del antiguo saber de su pueblo; otros, investidos del título de jeques ó nobles, ejercían las funciones del culto y de la magistratura y representaban al país en los divanes ó consejos; los había que no tenían más que una pequeña propiedad, y muchos que nada poseían, cultivando las tierras ajenas, con el nombre de *fellahs*. Formaban grupo aparte los beduinos, árabes errantes del desierto, que ora conducían, montados en caballos ó camellos, sus numerosos rebaños de un oasis á otro, sembrando, cuando más, algunos trozos cultivables en las fronteras de